

ESCRITORAS OCULTAS

DURANTE SIGLOS, LA DEDICACIÓN DE LA MUJER A LA LITERATURA ESTUVO, CUANDO MENOS, MAL VISTA. A CAUSA DE ELLO, MUCHAS AUTORAS BRILLANTES PERMANECIERON EN LA SOMBRA. HOY, UNA NUEVA GENERACIÓN DE EDITORES LAS RESCATA DEL OLVIDO

TEXTO IMMA MUÑOZ

“NO HAGA LIBROS, TRAIGA NIÑOS AL MUNDO”. La persona destinataria de este comentario respondía al nombre de George Sand y en sus 71 años de vida escribió decenas de obras que merecen un sitio en la gran biblioteca universal, desde reflexión política hasta delicadas piezas de orfebrería como *La pequeña Fadette*, una verdadera fábrica de vocaciones literarias. La persona destinataria de este comentario respondía ante quienes la leían por George Sand, pero se llamaba en realidad Aurore Dupin, y ese es el motivo por el que alguien se creyó con el derecho de sugerirle que cambiara las letras por pañales. Si de verdad hubiera sido George, por poco talento que tuviera, jamás habría tenido que escuchar una frase semejante. Al llamarse Aurore, aun rezumando inteligencia, sensibilidad y poesía por todos los poros, estaba obligada a justificar continuamente por qué se empeñaba en actuar contra natura.

Aurore Dupin había nacido en París en 1804 en un entorno acomodado que no veía con buenos ojos su afición a las letras. No estaba mal visto que una mujer tuviera curiosidad e interés por instruirse, pero siempre que fuera con la finalidad de convertirse en una buena conversadora y lograr, así, destacar en los círculos sociales de los que salían los maridos más codiciados. Desear esa formación de forma sincera y apasionada, no para complacer a los hombres sino para complacerse a una misma, ya era otra cosa. Podía suponer una cascada de reproches, de

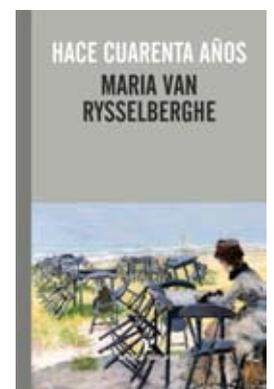
augurios de soltería eterna e incluso de burlas. En la España del siglo XIX era común referirse a las mujeres que se atrevían a empuñar la pluma como “las literatas”, una expresión en la que se mezclaban la mofa paternalista y el desprecio machista. Ya lo denunciaba Rosalía de Castro en 1866: “Nunca dejan pasar la ocasión de decirte que las mujeres deben dejar la pluma y reparar los calcetines de su marido”. Y España no era una excepción.

POR FRASES COMO ESTA LA HISTORIA DE LA LITERATURA está llena de escritoras secretas, mujeres que han dejado lo mejor de sí mismas impreso en letras de molde sin que se reconociera su valía o, al menos, sin que su valía se tradujera en un reconocimiento a su persona. Algunas de ellas son hoy en día archiconocidas, aunque en su momento pasaran desapercibidas o incluso tuvieron que esconder su identidad cuando publicaban esas historias que habían logrado acabar robándole horas al sueño u ocultando las hojas en la cesta de bordado para poderles dedicar unos minutos cuando se quedaban solas. Así escribía Jane Austen, con el corazón en un puño por si la pillaban con las manos en el tintero, y después editaba sus exitosas novelas como “*A lady*”. O las hermanas Brontë, Charlotte, Emily y Anne, que debutaron en 1847 con un poemario que, para evitar prejuicios, firmaron como Currer, Ellis y Acton Bell. Tres hermanos en lugar de tres hermanas.



FOTO: THÉO VAN RYSSELBERGHE

Maria van Rysselberghe (Bruselas, 1866-1959). Hace cuarenta años narra la historia de amor entre la autora y un artista amigo de su marido, el pintor Théo van Rysselberghe, acontecida a finales del siglo XIX. El carácter clandestino de ese romance hizo que el libro no fuera escrito hasta que todas las personas que podían sufrir con su publicación hubieron fallecido. La autora, además, cambió los nombres y firmó como M. Saint-Clair. Un secreto tras otro que ocultaron durante décadas la potencia literaria de una autora más conocida por su estrecha amistad con André Gide que por joyas como la que ha publicado Errata Naturae.



Fanny Burney quemó toda su obra y se flageló consagrándose a las labores como castigo por haber osado dedicar su tiempo a escribir



Christina Stead (Sidney, 1902-1983). Pre-textos editó 'El hombre que amaba a los niños' en 2011. Hasta entonces no se había publicado ningún libro suyo en castellano.



Gertrud Kolmar (Berlín, 1894-Auschwitz, 1943). 'Mundos' (Acantilado, 2005) recoge su obra poética. Errata Naturae publicó su novela 'Susana' en 2010.



Maeve Brennan (Dublín, 1917-Nueva York, 1993). Lumen la descubrió con su 'De visita' (2005). Alfaba ha editado los cuentos y crónicas de esta periodista de final trágico.



Mary Cholmondeley (Hodnet, Inglaterra, 1859-1925). Combinó la actividad literaria (fue amiga de Henry James) con el cuidado familiar. Periférica ha editado dos de sus obras.

→ Otras que se convirtieron en hombres en las portadas de sus libros fueron Cecilia Böhl de Faber, agazapada bajo el pseudónimo Fernán Caballero para publicar *La Gaviota* (1849), y Caterina Albert, que, tras ver cómo su monólogo *La infanticida* (1898) escandalizaba a la sociedad no tanto por su crudeza como porque un texto tan crudo hubiera salido del cerebro de una mujer, decidió morir para el panorama literario y dar vida a Víctor Català, cuyas obras se ahorrarían un juicio predeterminado por su sexo. En Gran Bretaña, Mary Anne Evans se aseguraba que sus libros fueran tomados en serio y no considerados "meras novelitas románticas para distracción de las damas" estampando un rotundo "George Eliot" junto a títulos que han alcanzado la categoría de clásicos como *El molino del Floss* (1860) y *Middlemarch* (1872). Antes que ellas, Frances Burney (1752-1840), una autora inglesa de éxito entre sus coetáneos, aunque desprestigiada y olvidada después de su muerte, prendía fuego a todos los originales y se flagelaba dedicando todo su tiempo a tejer como castigo por haber emprendido esa aventura literaria.

PERO ESCRITORAS SECRETAS NO SON SOLO las que, por el motivo que fuera, decidieron ocultar su nombre: lo son, sobre todo, las que vieron oculta su obra. A algunas las eclipsó la potente luz que emanaron sus parejas y otras se hicieron luz de gas a sí mismas. Milena Jesenská (por aquello de que la mujer no debe escribir poesía, sino serla) será siempre la destinataria de las más famosas cartas de Kafka y no la brillante periodista cuyos reportajes capturan la Europa de los años 20 y 30. Zenobia Camprubí, en cambio, renunció voluntaria y conscientemente a una prometedora carrera literaria para convertirse en la sombra de Juan Ramón Jiménez, su marido.

La lista de mujeres que merecerían compartir honores con sus coetáneos masculinos y, sin embargo, ni siquiera han rozado el podio en el que brillan estos es interminable. Un ejemplo sangrante es el de Ernestina de Champourcin, una singular voz de la generación del 27 cuyo nombre no aparecía en las clases de Literatura española. Claro que no es fácil competir con los Juan Ramón, Lorca, Guillén, Cernuda, Salinas o Aleixandre, pero el propio Gerardo Diego, autor de la antología canónica de esa generación, admitió que tuvo presiones para no incluirla en ella. "No reconocían a las mujeres", explicó la propia autora en 1997.

Pese a esta oscuridad académica, la obra de Ernestina de Champourcin volvió a editarse (tras el paréntesis de la dictadura, que pasó en el exilio) a partir de 1977, así como un buen número de libros sobre ella. Suerte muy distinta han corrido otras escritoras que obtuvieron el reconocimiento en sus países de origen, pero que en España han permanecido décadas (y hasta siglos en algún caso) sumidas en el mayor de los secretismos. La irrupción masiva de mujeres al mundo editorial, como lectoras y como editoras, va camino de poner fin a este absurdo. "Afortunadamente, hay muchas editoras y editores →



Frances (Fanny) Burney (Inglaterra, 1752-1840). Publicó sin firma su primera novela, 'Evelina', en 1778.



Las hermanas Brontë (Yorkshire, 1816-1855), que escondieron su identidad para evitar los prejuicios.



George Sand (Aurore Dupin) (París, 1804-Nohant, 1876). Su relación con Chopin la hizo famosa.



Jane Austen (Stevenston, 1775-Winchester, 1817). Un éxito que avergonzó a su familia.

Ernestina de Champourcin fue una voz singular de la generación del 27, pero cayó en el olvido. “No reconocían a las mujeres”, explicó ella



Joyce Mansour (Bowden, 1928-París, 1986). Vivió en el Cairo hasta que la literatura la llevó a París en 1953. Igitur editó su poesía en 2009. *Periférica*, su novela 'Islas flotantes'.



Annemarie Schwarzenbach (Suiza, 1908-1942). La prueba de que 34 años dan para mucho. Aquí llegó antes su biografía (en *Circe*, 1991) que su obra, que monopoliza *Minúscula*.



Ida Fink (Polonia, 1921-Tel-Aviv, 2011). En 1991 Mondadori editó 'El viaje'. Desde entonces, silencio. Ahora Errata recoge la huella que le dejó el gueto de Zbarazh.



Ernestina de Champourcin (Vitoria, 1905-Madrid, 1999). Las obras sobre ella son aún más numerosas que las obras de ella. Pero sigue sin ocupar su lugar en los libros de texto.

→ hoy en día que son sensibles al discurso de las mujeres —explica Irene Antón, editora de Errata Naturae—. No es que haya que priorizar una obra solo porque el autor sea una mujer, pero hay que estar atento a las voces que aporten otras perspectivas, y las mujeres tienen mucho que decir en este sentido”.

Antón habla con conocimiento de causa: por sus manos ha pasado la edición de *Hace cuarenta años*, de Marie van Rysselberghe, cuyo título hace referencia a las cuatro décadas que la autora tardó en plasmar en palabras una historia de amor prohibido que solo vio la luz cuando su marido ya había fallecido. Pese a haberse convertido casi en la biógrafa oficial de André Gide y contar con el aval de la admiración de este, que la animó a escribir varias obras, de Van Rysselberghe solo se habían editado en español sus cuadernos sobre el nobel francés. “Consideramos que no iba a dejar indiferente a ningún lector y que por eso tenía que estar disponible en castellano también la obra que hablaba de ella, la que reflejaba su verdadera voz”, explica.

En el catálogo de Errata Naturae hay otras dos autoras cuya obra hasta hace poco permanecía cubierta de polvo. Una es la escritora polaca Ida Fink, “considerada la Chéjov del Holocausto”, explica Antón, de la que se acaba de editar *Huellas*, una veintena de relatos sobre los horrores del nazismo. La otra es Gertrud Kolmar, que también sufrió en sus carnes la persecución por ser judía (murió en Auschwitz en 1942) y que, pese a la admiración que por ella sentía su primo, Walter Benjamin, que la consideraba una poeta sublime, jamás llegó a la milésima parte de su trascendencia.

ABNEGADAS Y SUJETAS A LAS CONVENCIONES de su tiempo, como Mary Cholmondeley, que sacrificó su vida para cuidar a una madre enferma, o individualistas y rompedoras como Annemarie Schwarzenbach, en una permanente huida de sí misma y de sus orígenes de niña bien que la llevó a recorrer Irán, Afganistán, el Congo belga, Rusia y Estados Unidos en viajes impregnados en tinta y morfina, sus textos están llegando por fin a las estanterías españolas de la mano de editoriales como Acontilado, Pre-textos, Minúscula, Alfabeto, Igitur, Periférica o Lumen. Gracias a ellas, las voces luminosas de Christina Stead, que publicó su obra cumbre, *El hombre que amaba a los niños* en 1940 pero tuvo que esperar 65 años para ocupar el lugar que le correspondía (en 2005, la revista *Time* la incluyó en su lista de las 100 novelas imprescindibles); de Joyce Mansour, con su arrolladora e inquietante fuerza poética y una apasionante vida entre Egipto y los círculos del surrealismo francés de mediados del siglo XX, y de Maeve Brennan, de quien se dice que inspiró a Truman Capote la Holly Golightly de *Desayuno en Tiffany's*, dejarán de estar silenciadas. Se romperá el atavismo que podría haber convertido el final de esta última en una metáfora de la repercusión literaria de todas ellas: equipada para triunfar, Brennan acabó sus días viviendo en los lavabos de las oficinas de *The New Yorker*, la revista donde brilló su pluma. Olvidada, desplazada, oculta. **DOM**



Milena Jesenská (Praga, 1896-Ravensbrück, 1944). Eclipseada por Kafka.



Fernán Caballero, Cecilia Böhl de Faber (Suiza, 1796-Sevilla, 1877). Un seudónimo para seguir siendo respetable.



Victor Català, Caterina Albert (L'Escala, 1869-1966). Protección frente a los disgustos literarios.



George Eliot, Mary Ann Evans (Astley, 1819-Londres, 1880). La garantía de ser tomada en serio.